

Núm. C.
Núm. Au. D 238t
Núm. Adg. 29874
Procedencia
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

COLECCIÓN JUBERA

ALFONSO DAUDET

TARTARIN DE TARASCÓN

"EN FRANCIA, TODO EL MUNDO
TIENE ALGO DE TARASCÓN."

VERSIÓN ESPAÑOLA



ACERVO DE LITERATURA

115304



MADRID

SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES

10, Campomanes, 10.

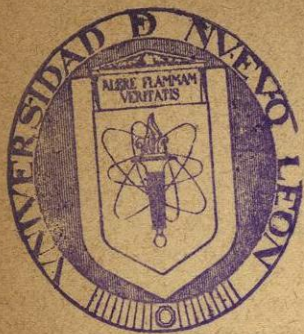
1891

29874

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

Librería Central.
THEO. MURIS.
23, CALLE DEL COMERCIO, 23.
MONTERREY.



BIBLIOTECA

PQ 2216

T48

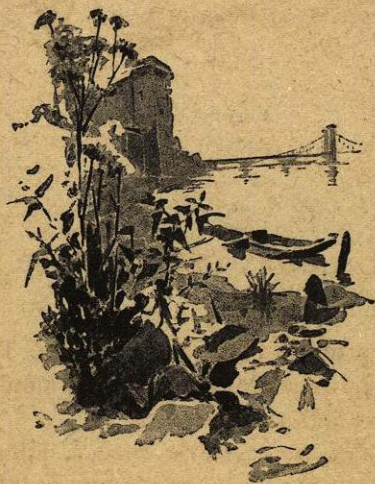
1891

ES PROPIEDAD

PRIMER EPISODIO

—
EN TARASCÓN

E. RUBIÑOS. IMPRESOR



I

EL JARDÍN DEL BAOBAB

Mi primera visita á Tartarin de Tarascón ha quedado impresa en mi memoria como fecha inolvidable.

Hará de esto cosa de doce á quince años, y lo recuerdo mejor que lo que hice ayer.

El intrépido Tartarin habitaba en aquella época á la entrada de la ciudad, la tercera casa á mano izquierda, en el camino de Avignon. Era una linda quinta tarasconense, con jardín delante, balcón detrás, paredes muy blancas y persia-

nas verdes. Ante la puerta, había unos cuantos niños saboyanos, jugando ó durmiendo al sol, con la cabeza apoyada en una caja que contenía los enseres de limpiar botas.

Desde fuera, esa casa no se diferenciaba en nada de las demás.

Nadie podía figurarse, á juzgar por su aspecto, que era la vivienda de un héroe; pero cuando se entraba en ella por primera vez, la sorpresa se apoderaba del espíritu y aumentaba sin cesar.

Desde la cueva hasta el granero, todo el edificio, y hasta el jardín, ofrecía al espectador algo heroico.

¡Oh! ¡El jardín de Tartarin!

¡No tenía igual en Europa!

Allí no se veía un solo árbol del país, ni una sola flor francesa; todas eran plantas exóticas, árboles de goma *ficus*, algodoneros, plátanos, cocoteros, palmeras, mangos de Goa, un baobab, chumberas, cactus y otros, pudiendo hacerse cualquiera la ilusión, al entrar en aquel recinto, que se estaba en plena Africa y á miles de leguas de Tarascón. No hay para qué decir que dichos árboles no

eran de tamaño natural; los cocoteros no alcanzaban más altura que la de una planta de remolacha, y el baobab, árbol grandísimo, *arbor gigantea*, cabía en una maceta de las destinadas á balcón;



mas, sin embargo, era cosa digna de ser admirada, y constituía un motivo de orgullo para Tarascón, en donde ciertas personas de la ciudad, á quienes se concedía los domingos la honra de visitar la morada de Tartarin, obsequiaban á sus amigos forasteros, llevándoles á contemplar el jardín, y se volvían todos á su casa en alto grado complacidos.

Ya podéis suponer la emoción que experimenté cuando me llevaron á pasear por tan singular jardín; mas os confieso que no fué nada en comparación de mi sorpresa cuando me introdujeron en el gabinete del héroe. Aquella habitación, una de las principales curiosidades de la ciudad, se hallaba situada en el fondo del jardín, y se entraba en ella por una gran puerta vidriera, delante de la cual se ostentaba el famoso baobab.

Figuráos una gran sala cuyas paredes estaban cubiertas de arriba abajo de armas de todas clases y de todos los países del globo: carabinas, rifles, cuchillos de Córcega, trabucos, navajas, cuchillos catalanes, puñales, escopetas, cuchillos, revólvers, cuchillos de monte, espadas toledanas, alfanjes cris de Malasia, flechas indias, flechas de piedra, mazas de los hotentotes, lazos mejicanos, y qué sé yo cuántas otras cosas.

Los rayos de un sol espléndido, penetrando por los vidrios, hacían relucir el acero de las espadas y de las culatas de las armas de fuego, como para amedrentaros todavía más.

La impresión recibida fué grande en verdad; mas no obstante eso, me tranquilicé algún tanto al ver el orden y la limpieza que reinaban en aquel notable y rico museo. Todo estaba arreglado, cuidado, limpísimo y lleno de rótulos, como los tarros de una botica, y de trecho en trecho se veía un cartelito que decía:

Flechas envenenadas. No las toquéis.

O bien:

Armas cargadas. Tened cuidado.

Sin esos letreros, jamás me hubiese atrevido á entrar.

En medio del gabinete se hallaba un velador, y en éste un frasco de ron, una bolsa turca para el tabaco, el relato de los viajes del capitán Cook, las novelas de Cooper, de Julio Verne, de Gustavo Aimard; libros relativos á la caza del oso, del halcón, del elefante, del león, del tigre y otros animales.

Delante de aquel velador estaba sentado un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, bajo de estatura, grueso, rechoncho, muy colorado, en mangas de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año, 1925 MONTERREY, MEXICO

camisa y calzoncillos de franela, con la barba corta, pero muy espesa. Dicho individuo, con una mano sostenía un libro y con la otra una pipa con su tapadera de metal; y como leyera en aquel momento no sé qué terrible episodio de los muchos que contienen las historias de los cazadores de cabelleras, hacía, adelantando su labio inferior, una mueca que daba á su fisonomía de capitalista tarasconense el mismo aire de ferocidad bonachona que reinaba en toda la casa.

Aquel hombre, que sentado ante el velador estaba absorto en la lectura de los heroicos hechos de algún intrépido cazador, era Tartarin; Tartarin de Tarascón. ¡El valiente, el grande, el incomparable Tartarin de Tarascón!



II

VISTAZO GENERAL

Á LA BUENA CIUDAD DE TARASCÓN.—LOS CAZADORES

DE GORRAS

EN la época de que os estoy hablando, Tartarin de Tarascón no era aún el Tartarin de hoy día, el gran Tartarin de Tarascón, tan popular en todo el Mediodía de Francia; y, sin embargo, era ya el rey de aquella ciudad.

Digamos de dónde hubo de venir su soberanía.

En primer lugar, es menester que sepáis que allí todos los hombres son aficionados á la caza; es la pasión dominante de los tarasconenses; pasión que se transmite de padres á hijos desde la época mitológica en que la Tarasca hacía de las suyas en los pantanos, y en que los habitantes de entonces organizaban contra ella incesantes batidas.

Ya hace mucho tiempo de eso, como podéis suponer; pero la necesidad creó la costumbre, y ésta, lo mismo en los pueblos que en los individuos, es muy difícil de extirpar. El hábito constituye una segunda naturaleza, forma parte de nuestro modo de ser, y nos domina, siendo necesaria la acción constante de una inteligencia robusta y de una voluntad enérgica para vencerla.

La Tarasca hizo á los tarasconenses cazadores, y no es extraño, á pesar de los siglos transcurridos desde entonces, que los actuales vecinos de aquella ciudad sean amantes de rendir culto á Diana; así es que todos los domingos Taras-

cón en masa toma las armas y sale de la población, cada cual con su morral á la espalda, con su escopeta al hombro y llevando perros, hurones, trompas y cuernos de caza.

Es un golpe de vista magnífico.

¡Lástima grande que la caza falte allí en absoluto!

Y no puede ser de otro modo.

Por torpes que sean los animales, andando el tiempo, han llegado á desconfiar y se han ausentado totalmente. Ellos tienen también sus tradiciones, y las de los que viven en aquella comarca, saben que los tarasconenses, con la escopeta en la mano, son irresistibles, y casi imposible escapar á su vigilancia.

Así debe suceder irremisiblemente, porque lo cierto es que, en cinco leguas á la redonda, las madrigueras están vacías, los nidos abandonados, y no se encuentra ni un mirlo, ni una liebre, ni una codorniz, ni una zorra, ni un conejillo, nada, absolutamente nada.

Y sin embargo, aquellas lindas colinas tarasconenses son muy tentadoras, perfumadas por el tomillo, el espliego y el

romero; tentadoras por las hermosas uvas moscateles azucaradas que se crían en las orillas del Ródano, que son tan apetitosas; pero ¡Tarascón está detrás! dicen los que componen la fauna de aquella región, y entre toda la gente de pelo y de pluma, los tarasconenses tienen muy mala fama.

Las aves de paso lo han señalado con una cruz en sus itinerarios; y cuando los ánades bajan hacia la Camargue y divisan desde lejos los campanarios de dicha ciudad, el que sirve de guía se pone á gritar: "¡Allí está Tarascón!... ¡Tarascón!...", y toda la bandada huye lejos, en dirección distinta.

En suma, tratándose de caza, no queda en aquella comarca más que una vieja liebre socarrona y pícara, que ha escapado milagrosamente al plomo tarasconense y que está encaprichada en vivir allí.

Es muy conocida, y hasta se le ha dado un nombre. La llaman *Rápida*, y se sabe que tiene su cama en el terreno del señor Bompard, lo que, entre paréntesis, ha doblado y triplicado el valor de aquella

propiedad inmueble; pero todavía no la han podido matar, no obstante el tenaz propósito de tres ó cuatro cazadores que la persiguen incesantemente.

Los demás no paran ya mientes en ella, y *Rápida* ha pasado hace tiempo á ser causa de una superstición local, por más que los tarasconenses sean por naturaleza muy poco supersticiosos, cual lo prueba el hecho de que comen golondrinas en salmorejo cuando las encuentran al alcance de sus tiros y de sus redes.

Pero me diréis, amados lectores: puesto que los animales son tan raros en aquel país, ¿qué cazan sus habitantes los domingos?

¿Qué cazan?

¡Oh, Dios mío! Se van por grupos de cinco ó seis á dos ó tres leguas de la ciudad, se tumban tranquilamente á la sombra de un tinglado, de una vieja pared ó de un olivo; sacan del morral un buen trozo de vaca estofada, cebollas crudas, salchichón, algunas anchoas, y empiezan un almuerzo perdurable, remojado con ese buen vinillo de las orillas del Ródano, que hace reír y cantar.

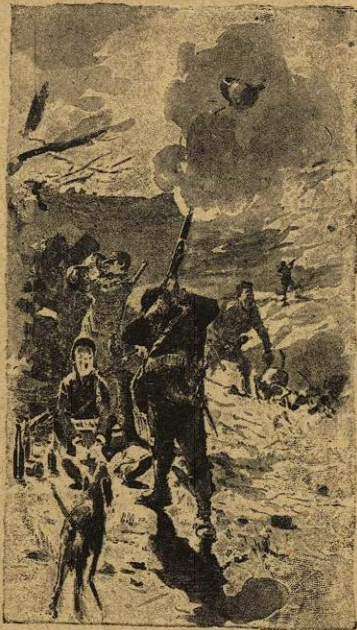
Después, cuando están bien repletos, cuando hasta la penumbra de toda pena se ha ahuyentado, cuando la risa invade todos los semblantes y el buen humor se posesiona de todos los cuerpos, se levantan, silban á los perros, amartillan las escopetas y empiezan la cacería. Es decir, cada uno de estos señores coge su gorra, y lanzándola por los aires con toda su fuerza, tira sobre ella al vuelo, con municiones del 6, del 5, ó del 2, según hayan convenido.

El que agujerea más veces su gorra es proclamado rey de la cacería, y vuelve por la noche á Tarascón, triunfante con su trofeo, ó sea su gorra acribillada, pendiente del cañón de la escopeta, y seguido de los perros que ladran anunciando la victoria, y de los compañeros que le festejan tocando la trompa y los cuernos de caza.

Me parece excusado decir que se hace en la ciudad un gran comercio de gorras.

Hay comerciantes que las venden agujereadas y rasgadas de antemano para el uso de los que no saben tirar; pero no

se conoce más que al Sr. Bezuquet, el boticario, que las compra.



Es deshonroso.
Como cazador de gorras, nadie iguala á Tartarin de Tarascón.

Todos los domingos por la mañana partía con una en su cabeza, nuevecita, y volvía por la noche con un harapo. Tartarin no llevaba jamás á su excursión dominguera más que una gorra. Era recién hecha, flamante, y en ello cifraba su orgullo.

Por la tarde volvía Tartarin con la cabeza descubierta, y su gorra, hecha un guñapo, colgada del cañón de su escopeta.

En la casita del baobab, los graneros estaban llenos de esos gloriosos trofeos; así es que los tarasconenses le reconocen como su maestro, pues como nuestro héroe sabía á fondo el código del cazador, porque había leído todos los tratados sobre la materia, desde la caza de la gorra hasta la del tigre birmano, le nombraron Gran Justicia cinegético y le hicieron árbitro en cuantas discusiones entre ellos se promovían.

Todos los días, de tres á cuatro de la tarde, se veía en la tienda del armero Costecalde, un hombre grueso, grave, con la pipa entre los dientes, sentado en un sillón de cuero verde, en medio del

almacén lleno de cazadores de gorras; todos de pie y discutiendo.

Era Tartarin de Tarascón que hacía justicia.

Nemrod al par que Salomón.

